

## TEXTOS FUNDACIONALES MARIANISTAS (Antología del libro "Encarnar la Palabra")

---

### III. LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU

Esta tercera parte del libro agrupa textos relativos a los dos núcleos específicamente carismáticos marianistas: el gran mensaje y vocación de los fundadores, de "Vivir de la fe" (Cap 6), y la figura de María, madre de Jesús y madre de la Iglesia, de cuyo "espíritu" de fe y oración, queremos vivir en el seguimiento de su Hijo (cap 6. "Con María).

#### Cap 6. " VIVIR DE LA FE "

##### 1. La fe, unión con Jesucristo

Estamos ante una meditación del Retiro preparatorio a los primeros votos en la Compañía de María (1818). Por tanto Guillermo José Chaminade está poniendo los cimientos. Quiere que la Vida Consagrada que está naciendo esos años en la Familia marianista viva de la fe y para la fe. Fe que es luz, pero que, sobre todo, es encuentro con la persona de Jesucristo. Fe que se convierte así en nosotros en camino, verdad y vida. Fe que provoca un gran cambio, «que llega hasta transformarnos en Jesucristo [...]. De este modo se ha formado en nosotros el hombre nuevo».

*Así pues, cuando la luz de la fe penetra en nuestra alma, el Verbo de Dios viene a habitar en ella. Y esto no es pura imaginación. El apóstol, es decir, el Espíritu Santo por su boca, nos lo ha revelado: Dios habita en nosotros por la fe (Ef 3,17).*

*No vemos a Jesucristo en nuestra alma cuando penetra en ella la luz de la fe. En efecto, no habita en ella como hombre y del mismo modo que por la Sagrada Eucaristía. Habita como Verbo de Dios. Pero, aunque no le vemos, sentimos todas las cualidades que él se atribuye: Yo soy la verdad, el camino y la vida (Jn 14,6). Por la luz de la fe, en efecto, y por la fe que produce en nosotros, conocemos las verdades de Dios: verdad; nos anima y es nuestra vida: vida; nos enseña lo que debemos hacer y el camino que debemos seguir camino.*

*Si la luz de la fe es el Verbo de Dios, si por ella es el Verbo adorable quien se digna venir a habitar en nosotros, se comprende que la fe - convicción que resulta de la impresión de esta luz- sea precisamente la unión de Jesucristo con nosotros, unión que llega hasta transformarnos en Jesucristo. Por la fe, en efecto, como ya lo hemos visto, nuestra mente esclarecida ya no piensa más que como Jesucristo. Jesucristo se ha unido a nuestra mente.*

*Animado por la fe, nuestro corazón ya no siente ni ama más que como Jesucristo. Jesucristo se ha unido a nuestro corazón. Dirigida por la fe, nuestra voluntad ya no actúa más que como Jesucristo. Jesucristo se ha unido a nuestra voluntad. De este modo, se ha formado en nosotros el hombre nuevo.*

*No nos extraña, pues, todo lo que el Evangelio y el apóstol nos dicen sobre la fe, sobre su necesidad, su excelencia, su eficacia para la salvación, su poder. A su lado, ¿qué es la luz de la razón? ¿Qué son, incluso, las luces de las revelaciones? Con cuánta razón nos manda el apóstol: Tened la fe de Dios.*

(Retiro de 1818. En El Espíritu que nos dio el ser, pp. 77-78, nn. 210-211).

## 2. "Cuando queremos ver el sol"

«Si no creéis, no comprenderéis». Así se titula esta nueva meditación del Retiro de 1818. La nueva comprensión humana está hecha de una apertura fundamental, la de la fe, que es dejarse iluminar, «volverse a Él». En una sociedad que está viviendo unos cambios culturales tan acelerados, y con unas propuestas tan variadas, ¿cómo llegar a tener un «entendimiento limpio, sano y atento»? La misión se convierte entonces en ayudar a sanar, limpiar y situar la atención del ojo humano. Un ojo que, como decía Ignacio de Loyola, debe ser "simple", es decir, sin doblez, que va a lo fundamental.

*Se compara la luz de la fe - que sale de Dios y viene a causar en nuestra alma una impresión que es imagen perfecta de Dios- a la luz del sol, que imprime en nuestros sentidos la imagen del sol; y el hombre que recibe la luz de la fe se compare al ojo, que recibe la luz del sol; el entendimiento del hombre, a las partes del ojo que refractan la luz y perciben la imagen; y la voluntad, a los párpados, que se abren y se cierran para dejar entrar o rehusar la luz.*

*Según la primera parte de la comparación, es decir, considerando a la fe como luz que viene de Dios, se la ha llamado objetiva; y según la segunda parte, es decir, considerando a la fe en relación al hombre, se la ha llamado subjetiva. Y así se ha distinguido la fe objetiva y la fe subjetiva. Por la primera se entiende la luz de Dios, y por la segunda, la capacidad del hombre para recibirla.*

*Juntando ambas partes de la comparación en una, se ve la manera de servirse de la fe en la meditación. Cuando queremos ver el sol, no necesitamos, si el ojo está sano y limpio, más que volvernos hacia él y abrir los párpados para que la luz lo atravesase y lo impresione. De la misma manera, en la meditación, para que la luz de la fe nos penetre y nos impresione, no tenemos más que volver nuestro entendimiento hacia Dios, abriéndolo por la voluntad. Pero, así como para ver bien hace falta que el ojo esté limpio, sano y atento, para percibir bien la luz de la fe es preciso que nuestro entendimiento esté limpio, sano y atento. He ahí todo el método de la meditación por la fe.*

(Retiro de 1818. En El Espíritu que nos dio el ser, pp. 79-80, nn. 212-213).

### 3. Oración de fe y presencia de Dios

Su método de oración de sencillez es una mirada de paz, en la que no hay cansancio y en la que uno persevera. Y es así porque así mira el amor. Así es como nos mira siempre Dios, como mira Jesús en el Evangelio. La oración parte de la conciencia de que «en él vivimos, nos movemos y existimos». Como el pez en el océano; como el pájaro en la inmensidad del espacio. Pero esa experiencia de presencia no es pasiva. La Sagrada Escritura la carga de fuerza - recuerda el Fundador- al afirmar: «Anda en mi presencia y sé perfecto» (Gn 17,1). La presencia de Dios hace caminar y define al creyente bíblico.

*La oración de presencia de Dios, unida a la oración de fe, es una atención apacible a la presencia de Dios, que hace que un alma mire a Dios a la luz de la fe con toda la atención de su corazón, sin querer pensar en nada más que en él. Lo mira sin cesar a esta luz de la fe y no se cansa de mirarlo. La luz de la fe le permite considerarlo en sus atributos y en sus obras [...].*

*En los comienzos de la vida de oración conviene multiplicar los actos de fe en la presencia de Dios, en la inmensidad de Dios. Estoy sumergido en la inmensidad de Dios mucho más de lo que un pececillo lo está en el océano o un pájaro en el aire. Estoy en Dios como mis pensamientos están en mi mente sin ocupar espacio alguno. Conviene no representarse la divinidad en ninguna forma sensible, excepto en la forma en que él ha querido manifestarse cuando se ha hecho hombre. Si nuestra fe es grande, pronto nos sentiremos en Dios, y sentiremos, por así decirlo, a Dios en nosotros. Experimentaremos que tenemos en Dios el ser, el movimiento y la vida. En él vivimos, nos movemos y existimos.*

*Podemos distinguir cuatro maneras de estar en la presencia de Dios, dos activas y dos pasivas. La primera, cuando nos ponemos en su presencia en un momento concreto. La segunda, cuando hemos adquirido el hábito de caminar en su presencia. «Anda en mi presencia y sé perfecto», decía Dios al fiel Abraham (Gn 17,1).*

*La tercera la opera Dios mismo en el alma, y por eso se la llama pasiva. Ordinariamente dura poco, a menos que Dios se digne conceder el don mismo de su presencia, pero eso es excepcional. En el primer caso, la presencia de Dios es transitoria; en el segundo es habitual. Debemos hacer todo lo posible para ponernos frecuentemente en presencia de Dios. Lo hacemos cuando hacemos actos de fe a lo largo del día, sobre todo si nuestro corazón participa activamente en ellos. Con el corazón se cree para conseguir la justicia (Rom 10,10). La fe del corazón es la que justifica.*

*La práctica del silencio absoluto es un medio excelente para llegar eficazmente a la presencia de Dios de un modo habitual. Es también una disposición adecuada para recibir con más frecuencia los favores de la presencia de Dios pasiva. Aquí llamamos silencio absoluto a ese silencio completo que permite oír a Dios dentro de uno mismo. Escucharé lo que el Señor habla en mi interior, dice el profeta (Sal 85,8). El silencio es completo sólo cuando al silencio de las palabras se le une el de los signos, el de la memoria, el de la imaginación, el de la mente y, sobre todo, el de las*

*pasiones. No se debe considerar una ruptura del silencio hablar y estar ocupado cuando se hace por deber y durante todo el tiempo que lo exija ese deber.*

(Oración de fe y presencia de Dios, 1829. En *El Espíritu que nos dio el ser*, p. 279, n. 373; pp. 282-283, nn. 379a-381).

#### 4. Orar con el símbolo de la fe

El "Método de oración sobre el Credo" es, sin duda alguna, la aportación más significativa de la enseñanza chaminadiana sobre la oración. Al comenzar el texto, nos encontramos con una curiosa meditación desarrollada del "Principio y Fundamento" ignaciano. Una vez situado al creyente en la "dirección de felicidad y amor", es cuando da paso Guillermo José Chaminade al método propiamente dicho. Orar la fe es aquí orar con una fe que afirma, que se goza en la verdad de Dios tal como se despliega en la historia, en el amor de Dios tal como va manifestándose.

*In omnibus respice finem: en todas las cosas ten presente el fin.*

*¿Para qué estamos en la tierra y qué haremos en el cielo? ¿Qué se ha propuesto el creador al llamarnos a la vida? La fe responde que el fin del hombre, en el tiempo y en la eternidad, es conocer y, como consecuencia, amar y glorificar a Dios. Éste es nuestro sublime destino, y ésta es también la intención del Espíritu Santo cuando nos recomienda que en todas las cosas tengamos presente nuestro último fin, y que las orientemos hacia ese fin: In omnibus respice finem [...].*

*La tierra es como el noviciado del cielo, es decir, tenemos que hacer aquí abajo lo que haremos eternamente en el seno de Dios. Ese fin no es de mero consejo, sino que debemos realizarlo para poder ser felices en el tiempo y, sobre todo, para merecer serlo en la otra vida [...].*

*El mismo Salvador del mundo nos enseña que la condición indispensable para ver a Dios es tener un corazón puro. De nada le serviría al alma estar iluminada por los radiantes resplandores de la fe, si el corazón no estuviese limpio. Esa fe, retenida como cautiva, sólo le serviría para hacerla más culpable y desgraciada.*

*Por eso, todos nuestros esfuerzos, trabajos y combates deben encaminarse a purificar nuestro corazón. En esto radica la esencia de la vida cristiana. Efectivamente, tener el corazón puro consiste en amar sólo a Dios, buscar sólo a él y no tender más que a él con todas nuestras fuerzas. También consiste en huir del pecado y de la sombra del pecado, observar sus mandamientos, temer su justicia y adorar sus planes. En una palabra, tener el corazón puro es practicar la fe, poner en práctica las lecciones de la fe. Por tanto, la fe que hace ver a Dios es la que purifica el corazón, o sea, la fe operante [...].*

*Considerada bajo su verdadero punto de vista, la meditación se funda esencialmente sobre la fe. Su objeto y su instrumento deben ser la fe.*

*Llevada por las alas de la fe, el alma vuela, por decirlo así, hasta el seno del mismo Dios, para contemplar y admirar en su fuente las verdades sublimes de la revelación. El alma las considera en su magnífico conjunto, o una tras otra, desentrañando, analizando cada uno de los elementos de su fe, y tratando de penetrar en sus secretos adorables. No desprecia los más mínimos detalles, los principios más sencillos y las verdades más comunes, sino que les presta toda su atención siempre que la fe se los presente. Pero en la meditación el alma no se limita a considerar y estudiar los elementos de la fe. También examina sus fundamentos, su certeza, su belleza, su excelencia y el gran gozo que procuran [...].*

*Después de haber contemplado así los grandes objetos de nuestra fe, que son Dios y uno mismo, el alma se va dando cuenta del estado de su fe. Impresionada por verla tan débil y lánguida, se ejercita en la fe con más ardor diciendo con los apóstoles: Señor, aumentanos la fe; o con el centurión: Creo, Señor, pero ayuda mi incredulidad [...].*

*Así pues, en la meditación de fe el alma aprende a conocer a Dios y a conocerse a sí misma. Ambos conocimientos están tan estrechamente unidos que cuando se avanza en uno, se avanza también en el otro.*

*Cuanto mayor conoce el alma las infinitas perfecciones de la divinidad, más refuerza sus lazos de amor a Dios y más capaz se hace de grandes sacrificios [...].*

*El que quiera entrar por las vías de la meditación debe empezar por la oración mental mixta sobre el símbolo de los apóstoles.*

*Después de ponerse en la presencia de Dios del modo que indicaremos más adelante, primero recitará una vez el credo con toda la atención de que sea capaz. A continuación, repetirá mentalmente esa recitación, artículo por artículo, deteniéndose en la consideración de cada uno de ellos todo el tiempo que sienta algún atractivo interior. Cuando ya no sienta nada, pasará al siguiente, para no abrir la puerta a las distracciones [...].*

*Por mucho que se progrese en esta práctica y por muy buena voluntad que se ponga, nunca se dejará de decir primero todo el credo, ejercitando así la fe en su magnífico conjunto. Después se ejercitará en sus principales artículos, relacionando con ellos, uno a uno, todos los demás [...].*

*Nota: Por "ejercitar la fe" entendemos representarse los elementos de su fe sobre una verdad revelada, hacer actos de fe con el corazón y la boca, sacar las consecuencias que se derivan, comparar su conducta, lamentar su ceguera, humillarse, pedir perdón al Señor, pedir que aumente nuestra fe y desearlo ardientemente. El cielo acaba escuchando a quien hace todo eso, y le va comunicando progresivamente luces cada vez más vivas. Gracias a ese aumento de fe, la esperanza se hace más firme, el amor más vivo y puro, la humildad más profunda, el dolor más intenso, y los deseos de ver a Dios más ardientes. Dios se complace en iluminar el alma en proporción a su fidelidad. Esos son los maravillosos frutos de esta inefable comunicación del alma con Dios.*

*(Método de oración sobre el Símbolo, ¿1830-1840?). En El Espíritu que nos dio el ser, pp. 294 ss).*

## 5. "Todo en Dios, todo por Dios"

La correspondencia entre Adela y Santa Emilia de Rodat nos permite asomarnos de una manera especial a la hondura espiritual de la primera marianista, porque su expresión se enriquece al compartir con otra gran mujer y fundadora. Adela vibra en esta carta, sintiéndose feliz por vivir de la fe, por compartir el mismo camino de Teresa de Jesús, de Clara de Asís, de los santos; por saberse amada por Jesús y enviada por María a la misión marianista. Adela, "alma de fuego", como la llamó José Verrier. Adela, "María de Jesús", como firmó ella misma en una carta dirigida al Padre Chaminade.

† J.M.J.T.

3 del año 1823

*¡Todo, sólo por Dios!*

*Mi queridísima hermana:*

*Recibe los entrañables deseos que mi corazón dirige al celeste Esposo por ti y por las queridas almas que te han sido confiadas. Ojalá procuréis cada vez más la gloria de Dios y la santificación de las almas, poniéndolas en el seno de María, bajo su manto.*

*Tengamos mucho valor, mi querida madre; nuestra vida va a estar sembrada de cruces, pero el celestial Esposo aumentará nuestra fuerza. Seguimos la misma senda que Teresa de Jesús, Clara de Asís y Juana Chantal: animémonos por estas santas modelos, lleguemos a ser santas. Que las ocupaciones exteriores nunca nos hagan desviarnos del camino de la perfección; trabajemos como si esa fuera nuestra principal ocupación. Las santas hacen muchas cosas, las religiosas imperfectas casi nada.*

*Unamos nuestros corazones, dilatémoslos, miremos a menudo hacia el cielo como el final dichoso hacia el que tendemos y donde todos nuestros trabajos serán recompensados si han sido hechos por Dios. Ejercitémonos en una gran pureza de intención: nada por la criatura, nada por el amor propio. ¡Todo en Dios y por Dios! ¡Sólo Dios! Ese es nuestro gran lema.*

*Se me han llevado a la querida hermana Estanislao a Tonneins; ¡mi corazón la echa mucho de menos! Todavía no se habla sobre Alsacia: todo está en manos de los superiores.*

*Vamos bien de salud. Que Dios nos cuide, él que conoce nuestra debilidad.*

*Os deseo a todas, como aguinaldo, la fidelidad a la Regla.*

*¿Cómo hacéis para la misa y las confesiones en Aubin?*

*Adiós, querida madre, soy toda vuestra en el corazón del Bienamado.*

Sor María T.

(Adela de Trenquelléon, *Cartas*, n. 480. A santa Emilia de Rodat)

## Cap 7. " CON MARÍA "

### 1. "Hacerla conocer, amar y servir"

La "Carta a los predicadores de retiros" titula así su segunda parte: "Lo que distingue al Instituto de María de las otras órdenes religiosas". Guillermo José Chaminade trata de condensar lo específicamente carismático: «atraer los hombres a Jesús por medio de María». La función de María en el misterio de la salvación es motivo de reflexión y, a la vez, símbolo de una propuesta misionera. Este pasaje contiene unos de los fundamentos de la consagración marianista apostólica.

*Alguien podría decirme que todas las órdenes religiosas han honrado a María de un modo especial y que se honran de pertenecerle. Respondo diciendo que de ningún modo pretendemos que el culto de la Santísima Virgen sea algo exclusivo nuestro. Eso sería una pretensión absurda, pues nadie ha podido jamás amar al hijo sin amar a la madre, ni nadie ha intentado nunca tender a la perfección evangélica excluyendo de su consagración a Jesús el culto especial a María.*

*Ahora bien, lo que yo considero el carácter propio de nuestras órdenes, y lo que creo que no tiene precedente en las fundaciones conocidas hasta ahora, es que -lo repito una vez más- nosotros abrazamos el estado religioso en su nombre y para su gloria, para dedicarnos a ella en cuerpo y bienes, para hacerla conocer, amar y servir, convencidos de que no atraeremos a los hombres a Jesús sino por medio de su Santísima Madre. Nosotros creemos, con los santos Doctores, que María es nuestra esperanza, tota ratio spei nostrae, nuestra madre, nuestro refugio, nuestro auxilio, nuestra fuerza y nuestra vida.*

*Añadiré, además, mi querido hijo, que si otras órdenes tienen esto en común con nosotros, debemos felicitarlas, bendecirlas e invitarlas a rivalizar con nosotros en celo y amor para anunciar en todas parte el augusto nombre de María y sus inefables beneficios.*

(Carta a los predicadores de retiros, 24 de agosto de 1839, En El Espíritu que nos dio el ser, p. 66, n. 77).

### 2. "Todo lo de Cristo nos viene de su ternura maternal"

El "Manual del Servidor de María" estuvo en continua reedición durante la vida de Guillermo José Chaminade. En la última edición lleva una introducción llamada "Breve tratado del conocimiento de María": de aquí está tomado este texto, que, a pesar de las imágenes literarias de la época, sigue llegándonos a lo más hondo. Es un pasaje de gran fuerza, que nos hace revivir el espíritu mariano, materno, de nuestros orígenes marianistas. Así creíamos y nos entusiasmábamos

con la misión naciente. «María siempre está ahí», como la maternidad que está haciendo nacer a Cristo en ti y en nuestro mundo.

*Todo lo de Cristo nos viene de su ternura maternal.*

*Desde la cuna hasta la tumba, en la infancia y en la vejez, en el día de gozo y en la noche de luto, el cristiano lo debe todo a María: la gracia del bautismo y de la educación religiosa; la gracia del perdón y la perseverancia; la gracia de la fortaleza y valor en el combate; la gracia de la protección y defensa en el ataque; la gracia de refugio y consuelo en la desgracia; la gracia de consejo y sabiduría en la elección de estado de vida y en los quehaceres cotidianos; la gracia para practicar el bien y evitar el mal. Todo lo que tiene por objeto mantener y avivar en nosotros la vida de Jesucristo nos viene de su ternura maternal. Si los sueños de la naturaleza y de los sentidos oscurecen los resplandores de la fe, si la concupiscencia se exagera, si el gusto por las cosas espirituales se debilita, si el pan de vida, las prácticas piadosas y los ejercicios religiosos nos producen hastío, si sopla el viento de la tribulación, si la desgracia derrama su amarga copa, María está siempre ahí, velando con solicitud, haciéndose toda a todos y ayudando con diversos auxilios según las necesidades de cada uno. Ella enriquece al pobre, protege al tímido, desarma al furioso, toca el corazón del ingrato y no abandona a nadie. No contenta con esta solicitud general, que llega a todo y a todos, María nos da pruebas singulares de un amor previsor y preocupado de nuestro bien, cuidando de cada uno como si fuera único. Conoce la debilidad humana, sabe que, sobre todo para algunos, no es bueno caminar solos por la vida. Por eso suscita en todas partes asociaciones piadosas que ella protege constantemente.*

(Breve tratado del conocimiento de María, en Manual del Servidor de María , 1844. En El Espíritu que nos dio el ser, pp. 107-108, nn. 496-497).

### **3. Los dos medios formativos de María**

El Fundador parte de que Jesús ha confiado a María, como madre nuestra, «la misión de dirigir nuestra educación cristiana». Es una consecuencia clara que él saca de las palabras del mismo Cristo: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». La maternidad espiritual es, pues, un misterio que Chaminade desarrolla en clave "educativa" y dándonos dos pistas: el primer medio es la misma vida de María; el segundo, su mediación. Las célebres palabras de san Bernardo parecen unir ambos medios: «Mira la estrella. Invoca a María». Primero, imita a María, mírala, porque «el mejor medio de imitar a Jesús es imitar a María». Al mismo tiempo, tómalas por intercesora, habla con ella, dile dónde falta vino...

*Jesucristo está con nosotros. No sólo se ha hecho nuestro modelo para enseñarnos el camino que lleva a la vida, sino que, además, se ha convertido en nuestro alimento, para comunicarnos su fuerza infinita a fin de que podamos caminar tras sus huellas. Además, está en nosotros por la fe, para orar y obrar*



*con nosotros. Por otra parte, ha confiado especialmente a María, porque ella es madre, la misión de dirigir nuestra educación cristiana, como le dirigió a él durante su infancia, para elevarnos, así, a la altura de nuestra vocación [...].*

*María se esfuerza constantemente en revestirnos de la semejanza de Jesús, procurando que nos identifiquemos con sus pensamientos y sentimientos, para que sea una realidad en nosotros el nombre de cristiano, es decir, discípulo e imitador de Jesucristo. Para ello se sirve de dos medios.*

*El primer medio de que se sirve María es la voz dulce y poderosa de sus ejemplos. Su vida es una predicación sencilla, elocuente y al alcance de todos. Desde ese punto de vista, después de la santa humanidad del Salvador es el don máspreciado que hemos recibido del cielo [...].*

*Todas las dificultades desaparecen en presencia de María. Retrato fiel de su hijo, ha reproducido exactamente todas sus virtudes y sentimientos. De esa manera vemos cómo alcanza la semejanza divina una simple criatura, hija de Adán como nosotros, exenta, eso sí, de la mancha original y de sus horribles consecuencias, pero que, aun siendo más privilegiada y perfecta, no es de naturaleza distinta de la nuestra. Así pues, si ella, que es pura criatura, ha podido, en grado tan inefable y sublime, hacerse conforme a Jesucristo y modelo de todos los elegidos, también nosotros lo podremos, en una medida adecuada a nuestra debilidad, con tal de que queramos ser fieles.*

*Por tanto, María se nos presenta como la copia del divino modelo, copia que debemos reproducir en nosotros mismos. De ahí se deduce que el mejor medio de imitar a Jesús es esforzarse por imitar a María, y que sólo se parecerá al hijo el que se parezca a la madre. Por consiguiente, sólo se salvará quien haya imitado a María en la medida de la perfección querida por la justicia divina. Así se comprende lo fácil que resulta para el hombre de buena voluntad la imitación de Jesucristo. Efectivamente, caminando tras las huellas de María, realiza en sí mismo la semejanza con el Salvador.*

*El segundo medio que emplea María para llevarnos a la vida de Jesucristo conforme a la voluntad del Padre eterno es su mediación. La Iglesia, los Santos Padres y toda la tradición nos presentan a la augusta Virgen como nuestra abogada y mediadora. Siempre se ha aplicado a Jesús el ejemplo del gran Salomón cuando, en el esplendor de su gloria y sabiduría, confió a su afortunada madre el ejercicio de la autoridad real (1 Re 2,19 ss.). Por ello los cristianos de todos los tiempos han coincidido en considerar a María su reina, su auxilio, su vida y su esperanza. Pero hay un detalle que a veces pasa inadvertido y que, sin embargo, se debe subrayar, y es que esta mediación es necesaria para la salvación; no en el mismo grado ni el mismo rango que la de Jesucristo, pero sí de un modo real, porque la Providencia así lo ha dispuesto.*

(Breve tratado del conocimiento de María, en Manual del Servidor de María. En El Espíritu que nos dio el ser, pp. 109-111, nn. 499-503).

#### 4. "Somos hijos de María"

Este título es una constante en el lenguaje de Guillermo José Chaminade desde los comienzos de la Congregación de la Inmaculada. Primero aparecerá como una afirmación doctrinal, después será ya una denominación de los mismos miembros del Instituto de María. La expresión hijo, o hija, de María tiene un alcance cristológico evidente en el pensamiento de Chaminade. El título es así una clave teológica: «En Ella y por Ella, Jesucristo, al comunicarnos su vida, nos ha hecho partícipes de su naturaleza». Como dice Chaminade, al prolongar las palabras de Cristo en la cruz: «Mujer, ahí tienes a tu hijo, que es hijo de tu fe y de mi amor». En resumen, «Hijos de María» es un programa muy hondo: el nuevo nacimiento en el Espíritu (nivel individual) y la renovación eclesial y social (nivel colectivo). Es lo que el Fundador llama «regeneración».

*Ese es, a mi juicio, el sentido de las hermosas palabras de Cristo. Al decir al discípulo amado: He ahí a tu madre, quería decir: Ahí tienes a la que te ha engendrado espiritualmente a la fe cuando me concibió corporalmente en su seno virginal. Ella es madre tuya como lo es mía; no de manera igual, pero también por generación.*

*Del mismo modo, con las palabras que dijo a María: Mujer, ahí tienes a tu hijo, parece decir: Nueva Eva, tu primogénito, tras cumplir su misión, va a volver al Padre. Pero este otro hijo de tu fe y de mi amor no ha realizado todavía la suya. Mujer augusta, esposa de tu primogénito en la obra de la regeneración, yo te lo confío.*

*Así pues, somos hijos de María. Le pertenecemos como un hijo a su madre. En ella y por ella, Jesucristo, al comunicarnos su vida, nos ha hecho partícipes de su naturaleza, de modo que hemos nacido espiritualmente de María como consecuencia de su inefable unión con Jesucristo, padre de nuestras almas. Sin afán de profundizar ahora en este misterio, me contento con señalar que, cuando el Verbo de Dios se anonadó en el seno de la augusta Virgen bajo la forma de esclavo, al mismo tiempo ella lo concibió, por la fe, en su alma, llegando a ser otro Jesús. Identificada entonces con todos los pensamientos y sentimientos de Jesús, tuvo conciencia de ser la nueva Eva y se ofreció voluntariamente a participar en la operación divina de su hijo de engendrarnos espiritualmente en ella y con ella.*

*En definitiva, nuestra generación a la vida sobrenatural por medio de María es inenarrable, como la generación eterna del Verbo por el Padre y su generación en el tiempo por la Santísima Virgen. Al meditar cosas tan grandes, saboreemos nuestra fortuna y admiremos con agradecimiento la profundidad de los tesoros de la sabiduría y misericordia divinas.*

(Breve tratado del conocimiento de María, en Manual del Servidor de María. En El Espíritu que nos dio el ser, pp. 104-105, n.n 489-492).

## 5. Elegir y ser elegido: la alianza con María

Es un tema central en la mariología chaminadiana, que aparece en el Retiro fundacional de la Compañía de María (1817). Como suele ser habitual en el Fundador, se parte de un texto bíblico y se aplica analógicamente a María. Así sucede con la alianza. Hemos elegido a María, pero no habríamos elegido a María si ella no nos hubiera elegido antes. La acción secreta y misteriosa de Dios se realiza por este «canal activo» que es María. Y se sella con esta alianza de amor y misión, que es uno de los caracteres propios del Instituto.

*La íntima y especial alianza con la Santísima Virgen es uno de los caracteres propios del Instituto. Se dan los mismos elementos que en la alianza con Dios: la elección, el compromiso y la asociación, que constituyen una alianza perfecta.*

*1.º Elección. Hemos elegido a María, bien lo sabemos, y la hemos querido elegir como madre. Pero ¿podemos estar seguros de que esa divina Madre, por su parte, nos ha elegido para hacer de nosotros su familia especial? Es igualmente cierto. No habríamos elegido a María si ella no nos hubiera elegido antes. No hemos llegado hasta aquí por nosotros mismos, sino que se debe a una acción secreta de la Providencia, que ha dirigido nuestra conducta, que ha promovido nuestros resortes, a menudo sin que nos diéramos cuenta, y que nos ha inspirado esta confianza de tomar por madre a la Soberana del mundo. No cabe duda, se trata de la gracia de Dios, y esta gracia, como todas las demás, nos ha venido por María. Podemos estar seguros de que María es como un canal por el que nos llegan todas las gracias de Dios. De su amor hacia nosotros han salido todas las gracias que nos han atraído hacia ella. Así pues, María nos ha elegido y nos ha llamado.*

*2.º Compromiso. ¿A qué nos hemos comprometido? A honrarla cuanto podamos, a extender su culto y a suscitar en todas partes la confianza y la devoción hacia ella. No hay peligro de que vaya a disminuir la gloria de Dios ni de provocar su celo santo. Jesús ama tiernamente a su madre, y lo más agradable para él es que se la honre como él mismo lo hace. Por su parte, ¿a qué se ha comprometido María? A protegernos, a escucharnos, a amarnos como una madre ama a sus hijos más queridos.*

*3.º Asociación. Si María, por el ofrecimiento que le hacemos de nosotros mismos, entra en posesión de nuestro corazón y de todas nuestras facultades, también nos hace entrar en posesión de su ternura, de sus bienes y de su poder.*

(Retiro de 1817 [Retiro fundacional]. En *El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 113-114, nn. 739-742).

## 6. "El espíritu de María"

Esta expresión está en el núcleo mismo de nuestro carisma, hasta tal punto que ha entrado en las Reglas marianistas como sinónimo del "espíritu del Instituto", siguiendo las palabras mismas de Chaminade que aparecen aquí. El "espíritu de María" es el espíritu interior o el "espíritu de fe". Es la interioridad, como capacidad de percibir la realidad a todos los niveles y desde la hondura y lenguaje propios del espíritu de Dios, espíritu de amor. María es el modelo discipular de esta vivencia de la fe. De ahí que sean intercambiables "espíritu de María" y "espíritu de fe". El Retiro de 1821, cuya meditación 18ª trata del "espíritu del Instituto", se convierte así en uno de los documentos más preciosos de nuestro patrimonio carismático.

*El espíritu de los hijos de María es un espíritu interior. En esa comunidad, el religioso hace de su alma un templo para el Señor. En él levanta un altar, sobre el que le hace el sacrificio de su voluntad. Nunca pierde de vista la presencia de Dios, y con él conversa dulce y familiarmente, pues Dios ha establecido en él su morada. También hace de su corazón un santuario a María, la capilla de la que se elevan las fervientes oraciones que le dirige. También invoca a san José y recurre a él en sus penas. El espíritu del Instituto es el espíritu de María, esto lo explica todo. Si sois hijos de María, imitad a María.*

*Lo esencial es, pues, formar en nosotros el espíritu interior. Pero, ¿por qué medios? Por tres. El primero será formarnos según los rasgos de Jesucristo. El segundo, formarnos en las virtudes, por el ejemplo de la augusta María. El tercero, formarnos con las reglas del Instituto de María, es decir, en los consejos evangélicos. Conviene examinar a menudo la excelencia y la obligación de los compromisos contraídos, las bienaventuranzas, los misterios de la Santísima Virgen, distinguiendo en ellos las virtudes más apropiadas al Instituto, como su humildad, su fe, su pobreza, su discreción. Hay que esforzarse por comprender bien y practicar los cinco silencios, el recogimiento, la obediencia, el espíritu de mortificación. Hace falta, en una palabra, trabajar de tal modo que, al llegar al término de nuestra vida, podamos decir como Jesucristo: Todo está consumado.*

*Los frutos que sacaremos de nuestra fidelidad serán el consuelo de ser los colaboradores de los designios de Dios. El Instituto de María es obra de Dios. Si nosotros, que somos su núcleo, no estamos animados por su espíritu, arruinaremos la obra de Dios y seremos los responsables. Si somos fieles, María misma nos presentará a su adorable Hijo.*

(Retiro de 1821. En El Espíritu que nos dio el ser, pp. 47-48, nn. 765- 767).

## 7. El adviento de María y nuestro adviento

Melania Figarol hizo un largo camino de espera hasta poder profesar como marianista.

Adela, que la acompañó con sus cartas durante años, no llegó a verla como Hija de María, ya que la Fundadora murió seis años antes de profesar

Melania. El adviento de Melania. En esta carta, Adela motiva la espera al hilo del año litúrgico. Invita a entrar en el «espíritu de María», espíritu interior, o espíritu de fe, para poder llegar al nacimiento del liberador. ¡Cuántas veces, años después, de Agen a Córcega, meditaría Melania eso de que «Jesús que nace, Jesús en el seno de María, es modelo de la vida consagrada»!

† J.M.J.T.

27 de noviembre de 1818

*¡Jesús, nuestro único Esposo, te amo!*

*Desde hace algún tiempo, mi corazón sufre, querida amiga, porque no recibo noticias tuyas. Pienso que estás afligida por algo. Pero, si Dios lo quiere así, ¿no somos bastante dichosas por hacer su voluntad?*

*Vamos a comenzar el adviento, un tiempo de gracia. Muchas personas harán durante él una rica provisión de méritos para la eternidad. Y nosotras, querida amiga, ¿no haremos nada? Te propongo que nos unamos espiritualmente con nuestra divina madre, e imitemos el recogimiento y la atención que ella tenía en el trato que mantenía con el hijo divino que llevaba en sus entrañas. Hagamos mejor nuestras oraciones, nuestras meditaciones, mantengámonos mejor en la presencia de Dios, multipliquemos nuestras jaculatorias.*

*Asumiendo el espíritu de la Iglesia, hagamos muchos actos de deseo de que venga el divino liberador; avivemos la conciencia de la necesidad que tenemos de él. Trasladémonos a menudo al seno de María, para estar con este niño celestial. Admiremos los ejemplos que nos prodiga su amor, ejemplos de humildad, de obediencia, de caridad, y tratemos de imitarle en algo.*

*Jesús en su nacimiento, o en el seno de María, es el modelo de la vida religiosa: él practica ahí la obediencia, la pobreza, la castidad, la clausura, la enseñanza: los cinco votos que hacemos. Pidámosle la gracia de cumplirlos fielmente.*

*Pero, ¿no se diría que te estoy tratando ya como una de nosotras? ¡Claro que sí! Verdaderamente siento que eres mi hija. Desde que terminaste tu visita, tenemos dos postulantes: una de veintidós años y otra de dieciocho. Están deseando tener más compañeras.*

*Me parece que debes confiarte valientemente con tus padres. Tienes que mostrar firmeza y decisión, sin faltarles nunca al respeto y a la sumisión que se merecen en todos los aspectos. Invoca mucho a sus ángeles guardianes y al tuyo. Confía en el Señor. Él sabe el momento en que te quiere hacer salir de Egipto para conducirte al desierto fértil, donde te quiere alimentar con el maná de su propio cuerpo y hacerte beber de la fuente abundante de su sangre. ¿Podrías entonces echar de menos las cebollas de Egipto?*

*Nuestras hermanas te abrazan, y yo, querida hija, te aseguro mi entrañable afecto.*

Sor María

(Adela de Trenquelléon, Cartas, n. 329. A Melania Figarol. Tarbes)